

ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL

Nació en Mérida, Yucatán, el 2 de noviembre de 1908. Falleció en México el 5 de octubre de 1987. Periodista, novelista, dramaturgo y crítico teatral.

Escribió varias obras, entre las que se cuentan: *Imagen del teatro* (1940); *Arte y literatura de la Revolución* (1948); *Sueño y realidad del teatro* (1949); *El ventrílocuo* (1944); *La tierra enrojecida* (1951); *Vicente Guerrero, el héroe del Sur* (1946); *Teatro mexicano del siglo XX* (1956); *Breve historia del teatro mexicano* (1958); *3 conceptos de la crítica teatral*, en colaboración con María Luisa Mendoza y Marcela del Río (1962); *El teatro y el cine en México. Cincuenta años de Revolución*, IV, *La cultura* (1962); *Medio siglo de teatro mexicano (1900-1961)* (1964); *Teatro mexicano 1963* (1965); *La novela de la Revolución* (1965) y artículos abundantes en revistas y periódicos de los que fue asiduo y valioso colaborador.

Se han referido a él: Arturo Gamboa Garibaldi, "Antonio Magaña Esquivel", en *Enciclopedia Yucatanense*, Mérida, Yucatán, Edición Oficial del Gobierno de Yucatán, 1946, IV-682 y ss.; Margarita Mendoza López, en *Teatro, Boletín de Información e Historia*, marzo 1955, núm. 5, p. 1 y ss.

Fuente: Antonio Magaña Esquivel. *Guerrero, el héroe del Sur*. México, Ediciones Xóchitl, 1946. 189 p. (Vidas Mexicanas, 26), p. 11-27.

VICENTE GUERRERO

Hacia octubre de 1810, el cura Morelos salió de Carácuaro con veinticinco hombres y se dirigió a Zacatula con rumbo a la costa. Hidalgo le había extendido nombramiento para levantar tropas y organizar el movimiento insurgente. "Por el presente comisiono a mi lugarteniente el Br. don José María Morelos para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones que le he comunicado." Al llegar frente a Acapulco, su ejército ya era de tres mil hombres, medianamente armados con escopetas y lanzas. En Tecpan se le habían unido los hermanos Galeana y más adelante, en algún punto del camino, un joven de rostro bronceado, alto y fornido, de nariz aguileña, los ojos vivos y claros y grandes patillas, a quien dio el grado de capitán. Era Vicente Guerrero Saldaña, el hijo de don Pedro y doña María Guadalupe, de

aspecto grave, de carácter resuelto, buen conocedor de estas tierras del Sur. Las gentes de la Costa Grande y de Tierra Caliente lo conocían bien y le tenían confianza, porque durante años lo habían visto atravesar estos mismos caminos y atajos con su recua, transportando sacos de arroz y sal entre Tixtla y la Costa Grande.

Su ingreso al ejército insurgente había sido causa de disgusto para don Pedro, buen realista, con toda su voluntad puesta en contra de la revolución. Doña María Guadalupe había visto partir a su hijo con doble pesar, porque no era éste uno de los viajes acostumbrados en la vida del arriero y porque su esposo don Pedro no sólo evitó ayudar a su hijo Vicente sino que prohibió toda comunicación con él. Era el hijo único que, aparte de sus padres y su casa, dejaba detrás de sí, para ir a esta aventura, a la pequeña Natividad, producto de sus amores con María Nieves.

Natividad, la hija de Vicente y de María Nieves, debía rondar ahora por los diez años. En uno de sus viajes a la Costa Grande, el joven arriero pasó por Los Arenales, muy cerca de San Jerónimo, y se trajo a María Nieves. Tuvieron esta hija, que él recogió muy pequeña para llevarla a la casa de sus padres; allí crecía y se educaba, junto a los Guerrero, reconocida y vigilada por ellos, que eran gente de trabajo entregados a la tierra y al buen comercio de la arriería.

En conjunto, los Guerrero tenían un mediano pasar. Don Pedro no había encontrado los medios para enriquecerse en Tixtla, pero tampoco sufrían pobreza. Los primos de Vicente, Chano y Benito Guerrero, no estaban mejor ni tenían mayores influencias en la población. Era Vicente el más audaz, no obstante su sencillez y su elemental ilustración. Así habían comenzado, así habían seguido siempre y así parecía que debían perpetuarse en el ambiente modesto de Tixtla, apenas conociendo las primeras letras, como la limitación que a sus ambiciones les imponía la época y las diferencias de clase. La revolución de Hidalgo venía a servirles de ayuda, según decía Vicente, para obtener libertades y buen gobierno y mejor trato y más bajos impuestos, si el pueblo acertaba a comprender cuál era su destino y se alzaba en favor de la independencia de Nueva España. A los mexicanos correspondía restaurar su soberanía y establecer el gobierno. Contra esto, don Pedro esgrimía su autoridad de jefe de la familia y sus ideas religiosas. Es dado afirmar que no había llegado hasta él la objeción he-

cha por el arzobispo Pérez sobre el principio de la soberanía popular, considerándolo herético; pero, aún sin saberlo, es posible que coincidiera con él. La entrada repentina de Vicente al ejército de Morelos, antes de que don Pedro pudiera evitarlo, provocaba ahora en aquel espíritu devoto un estado de indignación y alarma.

La acción de Acapulco, por la traición del artillero José Gago, no fue propiamente un descalabro pero sí una desilusión. Morelos se retiró con sus tropas ante la proximidad de otras fuerzas realistas y emprendió poco después la marcha hacia Chilpancingo. El capitán Guerrero no era entonces sino un oscuro soldado a las órdenes inmediatas de don Hermenegildo Galeana, en este improvisado ejército sin uniforme, armado apenas con lanzas y algunas escopetas, sin conocimientos de la disciplina y del orden para el ataque; pero el antiguo arriero conocía bien los atajos y sabía ganarse la estimación de estos hombres tostados que seguían al Generalísimo.

Cuando Morelos tomó a Izúcar y más tarde se vio precisado a marchar sobre Taxco, dejó al joven capitán como jefe de las tropas que guarnecían la plaza. En Chilpancingo, desde agosto hasta noviembre de 1811, el Generalísimo había organizado los trabajos de aprovisionamiento, la fabricación de pólvora y de implementos de guerra, y cuidado la implantación de la disciplina y el orden. La muerte de Hidalgo, Allende y sus compañeros lo convertía en el jefe visible de la revolución, aún sin las complicaciones políticas iniciadas con la creación de la Junta de Gobierno de López Rayón. Era preciso mantener el entusiasmo de las tropas, no dándoles a conocer la noticia del fusilamiento de los primeros caudillos. Era preciso trabajar con sistema y paciencia. Por el momento, la prudencia y la necesidad aconsejaban aceptar el nombramiento de un representante ante la Suprema Junta Nacional Americana de Zitácuaro y apoyar este núcleo como único capaz de organizar las fuerzas y dar un programa a la insurgencia. El doctor José Sixto Verduzco quedó como representante de Morelos y la Junta se estableció el 19 de agosto de 1811, integrada por tres vocales de los cinco que debían ser, bajo la presidencia de Rayón. Don José María Liceaga, como cura del partido de Tusanla promovido a teniente general, fue el tercer miembro votado "por la presente urgencia, quedando dos vacantes para su provisión cuando la actitud, mérito y representaciones de los ausentes lo exijan". El teniente general José Antonio To-

res, que operaba en el Bajío, envió a don Remigio de Yarza como su representante, y éste fue nombrado secretario. Los tres miembros vocales de la Junta “juraron mantener ilesa y en su ser nuestra sagrada religión, proteger los derechos del rey y exponer hasta la última gota de su sangre por la libertad y prosperidad de la patria”.

A pesar de que se buscó el ajuste natural con los más modestos guerrilleros, la Junta no encontró ni gusto ni obediencia en algunos para semejante gobierno; había partidas de insurgentes muy temidos, como Albino García en Guanajuato, los Villagrán en la Huasteca, los Osorno en los llanos de Apan, que continuaron su guerra por cuenta propia, verdaderos caciques nunca dispuestos a reconocer amos ni jerarquías. Julián Villagrán llevó su soberbia a proclamarse emperador de la Huasteca con el título de Julián I. El propio Morelos, hombre de orden, con ideas políticas y de gobierno encaminadas a dar una representación oficial a la insurgencia, no se acomodaba de buen grado con el nombre de Fernando VII que se hacía aparecer en el Manifiesto de Zitácuaro. ¿Por qué invocar al hombre absolutista que entorpecía la total independencia y menospreciaba a sus “vasallos” coloniales? Rayón se vio precisado a explicarle esta política “que nos surte mejor efecto: hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos, desertándose, se hayan reunido a las nuestras; y al mismo tiempo, que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el rey, sean los más decididos partidarios que tenemos”.

En verdad no era posible esperar demasiado de ese “vano temor” que se convertía en el mito fernandino, gracias a las supuestas vejaciones inferidas al Borbón en Francia. “Decimos vano temor —seguía explicando Rayón—, porque, en efecto, no hacemos la guerra contra el rey; y hablemos claro, aunque la hiciéramos, haríamos muy bien, pues creemos no estar obligados al juramento de obedecerlo, porque el que jura de hacer algo mal hecho, ¿qué hará? Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo. Esto nos enseña la doctrina cristiana. Y ¿haríamos bien nosotros cuando juramos obediencia al rey de España? ¿Haríamos alguna acción virtuosa cuando juramos la esclavitud de nuestra patria? ¿O somos acaso dueños árbitros de ella para enajenarla? Lejos de nosotros tales preocupaciones. Nuestros planes, en efecto, son de indepen-

dencia, pero creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene a ser un ente de razón."

Como medida política, Morelos aceptó. Era preciso acomodarse a ello para evitar, según lo estaba viendo en el Sur, "que las que se llamaban castas quisieran destruirse unos con otros, los blancos contra los negros, o éstos contra los naturales". ¿Acaso la idea de independencia hasta este momento no se encaminaba solamente a que el gobierno político y militar, que residía en los europeos, recayera en los criollos, "quienes guardarán mejor los derechos del señor don Fernando VII"? Después de examinar los recursos y los hombres de que disponía, y los primeros síntomas de perturbación y de venganza de los negros y naturales contra los blancos, no había más que apoyar la superioridad legítima y autorizada de la Junta para tomar la voz de la nación y evitar la anarquía. Su salida para Taxco convirtió al capitán Guerrero en comandante de la guarnición de Izúcar, y no había de pasar mucho tiempo antes de que el nombre de éste trascendiera por primera vez y mereciera la atención de los realistas.

El brigadier Llano preparó el ataque a Izúcar confiado en la ventaja de tener por enemigo a un inexperto comandante. Cuando pudo reflexionar sobre el particular encontró que había sido derrotado y que sus propios conocimientos y experiencias militares de nada valieron frente a la audacia y el valor del joven capitán insurgente. Era el 23 de febrero de 1812. Era la primera acción cuya responsabilidad le pertenecía. En el plano subalterno que ocupaba al lado de don Hermenegildo Galeana, solamente había podido adquirir una ligera noción de las fases de la guerra; todo lo suplía con su entusiasmo y con su conocimiento de aquellos terrenos, lo intrincado de las montañas y los recovecos de sus atajos. Sus muchos años de arriero le habían enseñado lo suficiente para imaginar una táctica de combate peculiar, sin grandes exigencias en hombres y elementos. Iría donde Morelos le indicase, era obediente y modesto; pero por más poco alcance que tuviese su ambición, él preferiría pelear en esta región con los hombres que pudieran secundarle por lo menos con la misma experiencia del terreno que él tenía.

A partir de Izúcar, Guerrero quedó a las inmediatas órdenes de Morelos. Lo siguió en todas sus campañas; ahora no era un oscuro capitán sino uno de los jefes de la revolución. Pero las últimas acciones habían sido desdichadas para el ejér-

cito insurgente. Apenas iniciada esta cuarta campaña en noviembre de 1813 entró la mala racha de la fortuna, no obstante la energía y la constancia del antiguo cura de Cuarcuaro; primero el descalabro frente a Valladolid, en la noche del 23 de diciembre, cuando el asalto parecía conducir al triunfo seguro y luego esta derrota absoluta en Puruarán que significó el principio de los desastres. No era posible forzar los acontecimientos y perder de vista el futuro que comenzaba a ensombrecer. Porque Puruarán no sólo fue la violenta dispersión de alguna tropa, la pérdida en manos del enemigo de un material de guerra tan penosamente acumulado y, en suma, la derrota más completa, sino también la caída de Matamoros que de allí salió prisionero para ser procesado y, el 3 de febrero de 1814, fusilado por órdenes del virrey, por más ofrecimientos que hizo Morelos para canjearlo con doscientos prisioneros españoles.

Era preciso en estos momentos evitar el desconcierto y el fracaso definitivo. Se hablaba de cansancio, de rivalidades entre los miembros del Congreso, de un alarmante desfallecimiento que provenía no sólo de estas desgracias de la guerra sino del restablecimiento de Fernando VII en el trono español, que influía gravemente en Nueva España robusteciendo la situación del virreinato. A partir de este acontecimiento, los insurgentes no tenían por qué usar el nombre del rey de España y era preciso verlos como rebeldes a su poder absolutista. Insurgencia quiso decir entonces emancipación completa. Ya desde el acta de independencia de Chilpancingo, el 6 de noviembre de 1813, se había aclarado el programa de la revolución suprimiendo el nombre de Fernando VII y declarando "rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español". Ahora era necesario evitar no sólo el desaliento sino la discordia, y sostener la "prevención contra las tramas del gobierno de México que no quiere otra paz que nuestra ruina". Era necesario organizar nuevas fuerzas, levantar tropas en todas las provincias, trabajar duro. No cabía duda que entre las gentes del Sur, que habían presenciado las primeras campañas triunfales, había buena disposición para continuar la lucha; y para atraerlas y esparcir de nuevo la idea de la revolución iría un hombre de confianza y fortaleza, el coronel Vicente Guerrero.

Cuando comenzó a poner en práctica sus planes e inició su viaje al Sur, encontró más obstáculos que los que había ima-

ginado. El ascenso a coronel y esta comisión que le confería el propio señor Morelos, tal y como éste la había recibido antes de Hidalgo, lo llenaban de satisfacción. En septiembre de 1814 salió a Coahuayutla acompañado únicamente de un hombre fiel que le servía de asistente, y se dirigió a Coyuca y penetró a la Mixteca con el ánimo resuelto de cumplir su encargo. La enorme distancia que era preciso recorrer y el peligro que representaban los diversos destacamentos realistas que se le oponían al paso, no fueron motivo de indecisión para Guerrero. En el cerro de Zilacayoapan encontró fortificado a don Ramón Sesma, y se unió a él. Sin duda el regocijo con que fue recibido por aquellos soldados y la simpatía que le demostraron hicieron más desagradable para Sesma su llegada. La tropa lo conocía bien, lo estimaba y lo hubiera seguido. Al principio se vio embarazado por la ausencia de mando y advirtió el despego de Sesma; pero cuando éste le ordenó que se uniese al secretario Rosainz que ya debía tener instrucciones para él, encontró que esto podía ser una ayuda.

Con cincuenta hombres desarmados emprendió la marcha Guerrero. Era su iniciación como jefe y organizador de una campaña y las cosas tenían que marchar bien. Pero la actitud de Sesma le había dejado un rastro de intranquilidad y desconfianza, pues resultaba extraña su prisa por alejarlo de su lado y extraña, aún más, la orden de reunirse con Rosainz. Atravesó las líneas enemigas de Acatlán y al llegar al río de Jacochi pudo alcanzar a Francisco Leal, que Sesma había enviado anticipadamente con la comunicación para Rosainz. Era conveniente, para aclarar sus sospechas, enterarse de esos papeles. Convenció a Leal y pudo así ver la prueba de la deslealtad de Sesma. Era lo que él venía imaginando. Una recomendación para que no se le diera mando alguno y se le vigilase mucho; una perfidia de hombre despechado y envidioso. Durante cuatro años había deseado con vehemencia estar en disposición de organizar su propia campaña, aprovechando su experiencia y sus conocimientos de estas montañas del Sur, colaborar más eficazmente y probar sus capacidades. Y aquí estaba la prueba de la rivalidad gratuita de aquel guerrillero, que trataba de oponérsele y de impedir que cumpliera el encargo que traía de Morelos. La lectura de aquella comunicación le repugnó. Contramarchó al cerro de Papalotla y allí permaneció una semana, sin más armamento que dos escopetas y un fusil sin llave, meditando sus planes; por de pronto

había que evitar la persecución de Sesma, de que ya tenía noticia.

Pero en vez de Sesma apareció frente a él una sección realista al mando de don José de la Peña. Eran setecientos hombres y no había más que confiar su suerte a la audacia y la temeridad. El enemigo estaba bien armado y, por menos disciplina que tuviese, tenía toda la ventaja sobre el pequeño grupo que lo seguía. Su ardor y su entusiasmo no lo defraudaron. Armó a sus soldados con garrotes y esperó la noche. No los separaba sino el río y él aprovecharía las sombras para franquearlo y caer de sorpresa sobre los realistas. Así lo hizo, confiando en el valor de sus hombres. Mataron a no pocos, se dispersaron algunos validos de la confusión y al amanecer se encontró Guerrero con cuatrocientos prisioneros realistas, igual número de fusiles y bastante parque. En la práctica, el plan había resultado mejor de lo que él esperaba. Podía estimarse esta acción como un buen augurio para su campaña que aquí mismo se iniciaba.

Sin embargo, al segundo choque con el enemigo estuvo a punto de sufrir un descalabro. Descubrió entonces que no todo era posible con temeridad y audacia y que su aportación a la causa de la independencia era preciso apoyarla en la buena organización y en mejores elementos. Había sido sorprendido por una fuerza realista de trescientos hombres al mando de don Félix Lamadrid, en el pueblo de Jacomatlán. Ocupaba él una altura muy cerca de la población, en los precisos momentos en que sus soldados habían bajado a proveerse de víveres cayó sobre ellos Lamadrid. Tuvo en su favor a la propia gente del lugar y ello decidió su fortuna. Lamadrid se retiró dejándole un cañón y otros pertrechos.

Pero Guerrero no pensaba solamente en el triunfo inmediato; el único camino que la prudencia aconsejaba era prepararse para el futuro. Así, con estos elementos adquiridos del enemigo y con otros más que obtuvo por la evacuación realista de Piaxtla y Tecozuatilán, inició la creación de un verdadero ejército. Consideraba que apenas había comenzado, pues su tropa estaba acondicionada a medias. Pero con el siguiente triunfo que logró sobre Lamadrid en el cerro del Chiquihuite, se ganó la adhesión de los naturales de la Mixteca y su ejército creció hasta constituir una división. El problema era equiparlos, dotarlos de armas, adiestrarlos en las asechanzas de la guerra. Ideó entonces el establecimiento de una maes-

tranza, en una plaza bien fortificada que le sirviera de centro de sus operaciones. ¿Qué sitio era el más apropiado?

La proximidad de nuevas fuerzas realistas lo obligó a suspender de momento la realización de esta idea. Lamadrid había huido derrotado. Ahora era don Joaquín Combé quien se acercaba a combatirlo con un ejército poderoso, y supo que estaba en relaciones con el cura párroco de Xonacatlán para sorprenderlo. Se adelantó a Alcozauca y cuando vio que Combé venía sobre él, fingió retirarse; pero esperó la noche acampado en un cerro próximo y a las once contramarchó rápidamente sobre el enemigo, sorprendiéndole y derrotándolo. El propio Combé fue hecho prisionero y fusilado.

Ya podía llevar a cabo su proyecto. Ya dominaba casi toda la región. Inmediatamente se dirigió a Ometepec y luego a Tlamajalcingo. Eligió esta última plaza. Aquí construiría una magnífica fortificación, aquí fundiría las piezas de artillería que iba a necesitar, aquí arreglaría la maestranza y fabricaría pólvora. Aquí también engrosaría su división con nuevos reclutas y establecería su instrucción militar. Entonces su campaña entraría por mejor camino y el triunfo definitivo sería más viable. Y como lo pensó lo hizo. El señor Morelos tenía que estar satisfecho de tamaña labor.